

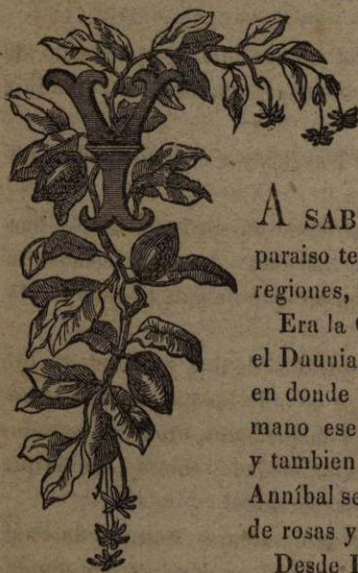
PROPIEDAD DE LA GALERIA LITERARIA.

## PROLOGO.

### LOS SIETE ANILLOS DE HIERRO.

I.

EL MARTORELLO.



**A** SABEIS que aquello era en o'ro tiempo un paraíso terrestre. Pytágoras, hijo de esas felices regiones, las llamaba el jardín del mundo.

Era la Gran Grecia, bañada por tres mares el Daunia, en donde nació Horacio; la Lucania, en donde Anníbal descargó sobre el poder romano ese golpe terrible, la batalla de Cannas; y también la Apulia y la Campania, en donde Anníbal se durmió deliciosamente sobre su lecho de rosas y de laureles.

Desde Parthenope hasta Sybaris, desde Solmonia, patria de Ovidio, hasta Drepanum, al extremo de la Sicilia, Ceres bondadosa, ahorraba al hombre el cuidado de cultivar los campos. Flores y frutos nacían sin cultivo.



Ahora, esto se llama el reino de Nápoles ó de las Dos Sicilias. Buscando bien Anníbal, hallaría ahí aún con que renovar sus delicias de Capua. Pero Céres destronada, no protege ya la molicie de esos pueblos.

Ha habido allí como una especie de castigo. Esa rica y exhuberante corteza que cubría la tierra de las Calabrias, se ha hecho pedazos violentamente; un viento de ruina sopló, dejando aquí y allá, en la campiña desolada, encantadores oasis, como para hacer sentir mejor á los hijos desheredados los riquísimos esplendores del Eden perdido.

Del mismo modo, cuando la plaga de la guerra ha pasado sobre una ciudad ilustre, algunas columnas quedan en pié, como olvidadas por la estúpida furia de los vándalos cíclopes; y estos fragmentos de bronce ó de mármol, bastan á la imaginacion para reconstruir el pasado glorioso.

Se dice que una noche de invierno del año de 1783, la tierra comenzó á producir ruidos profundos é inauditos: un velo de sangre cubrió el cielo, y esos mares serenos, tranquilos, que bañan los golfos de la Italia Meridional, experimentaron grandes y prolongados estremecimientos.

La tierra tembló trece veces entre el espacio que media entre la caída del sol y su nueva aparicion.

En medio de la noche oscura y horrible, el Etna y el Vesubio cantaban lanzando llamas, como dos siniestros faros, mirándose á través del espacio.

Al día siguiente la mar Tyrrheniana, la mar Jónica y el Adriático estaban cubiertos de escombros.

Hubierais dicho que un huracan, una manga inmensa partiendo de las colinas del Abruzzo habia pasado sobre la Italia, arrancando de raiz las ciudades y los bosques.

Las Calabrias, el pais de Otrante, el Basilicato y el Principado Citerior estaban completamente arruinados.

Los ciudadanos, que creian estar sufriendo un sueño horroroso, buscaban en vano su ciudad natal, y no la hallaban. Los campesinos trataban inútilmente de reconocer el campo que habian labrado la víspera.

Los bosques seculares estaban arrancados de raiz y tendidos sobre el suelo, como los débiles tallos del trigo cuando los ha azotado el huracán. Del suelo, cubierto de grietas y hoquedades, brotaban estraños vapores; los rios habian cambiado de lecho; ciudades enteras, de las que no queda mas que el nombre, habian desaparecido!

Esos pueblos holgazanes son fáciles de dominarse; despues de estas catástrofes reinó de ambos lados del Apennino un desaliento profundo. El labrador se acostó sobre el borde de su campo asolado.

Entonces vinieron los sacerdotes y predicaron la cruzada del trabajo. Y por un instante se vió, lo que es un milagro, á los italianos aco-

metidos de una fiebre laboriosa. Pero el arado trazaba apenas los nuevos surcos; pero la piedra labrada señalaba apenas sobre el suelo los cimientos de la casa reconstruida, cuando la montaña lanzó por segunda vez su formidable rujido.

La mar—cosa inaudita!—elevó repentinamente veinticuatro piés su nivel, y cubrió las llanuras que antes ni siquiera habian experimentado los efectos del viento.

Habia un príncipe que gobernaba la ciudad de Scylla, frente á Charybdis, en la costa Siciliana. Este príncipe abandonó su palacio, y en compañía de toda su corte se embarcó sobre sus navíos.

Pero, si hemos de creer á la poesía antigua, así como el viajero en ese paso temible, no podia huir de la muerte que estaba á la derecha como á la izquierda; así como ese Scylla enviaba á Charybdis las víctimas que se le escapaban, del mismo modo la tierra y el mar, ambas enemigas, se unian en esta vez contra el hombre condenado.

El palacio fué destruido; la flota se hizo pedazos, y el príncipe pereció con mil quinientos de sus súbditos.

Y desde aquel día, aun cuando el Mediterráneo volvió á las profundidades de su lecho, la tierra de Italia, epiléptica y desquebrajada, tuvo periódicamente grandes ataques. Tres mil temblores tuvieron lugar durante los cuatro años que siguieron.

Es decir, mas de dos temblores cada veinticuatro horas.

Se formaron lagos sin fondo, en el lugar donde antes estuvieron las ciudades.

No lejos de Oppido se ve un agujero redondo que parece producido por una prodigiosa bomba lanzada del cielo. En torno de los lábios del abismo la tierra está quebrada en estrella, como esos vidrios que una bala ha atravesado.

El Apennino es fuerte; resistió mucho tiempo. Pero en fin, las capas estratiformes se carcomieron por diversos lugares, y descarnando de pronto al coloso, dejaron ver el granito sombrío de su osamenta.

Al cabo de cuatro años, esa pobre tierra, antes tan hermosa, entonces asolada y vencida, cayó en un profundo sueño;—y dormirá mucho tiempo!

Un medio siglo trascurrido, no ha hecho desaparecer las cicatrices gigantescas de esas heridas.

La parte meridional de la bahía de Santa-Eufemia, situada en la Calabria ulterior segunda, en frente de las islas de Eolo, forma una hermosa playa semicircular, cuya curba, vista desde alta mar, recuerda exactamente la idea del anfiteatro antiguo.

Aquí y allá hay algunas cabañas de pescadores, pardas como la roca que las abriga.



Por la mañana, sobre el azul oscuro de la mar, se ven destacarse las velas latinas de una media docena de barcas. La larga antena sostiene la vela triangular, y podría decirse desde lejos que son las alas tendidas de uno de esos grandes pájaros de la mar.

A veces el buque de vapor, que hace el servicio de Nápoles á Palermo, pasa y deja como huella de su tránsito su lengua cabellera de humo.

Desde la playa, en donde la arena de oro se mezcla con un polvo oscuro que parece lava pulverizada, se percibe cuando el cielo está sereno una mancha sombría en medio de la mar Tyrrheniana: es Stromboli, la mas septentrional de las islas Lipari, en donde el famoso bandido Fra-Diavolo, estuvo oculto, segun dicen, mas de un año.

Hácia el Mediodía la vista se encuentra limitada por el cabo Vaticano: Al Norte están las alturas del Pizzo, en donde Murat fué ejecutado, el mes de Marzo de 1815.

El paisaje es hermoso, pero tiene un carácter muy marcado de soledad y de tristeza. Se experimenta allí un sentimiento semejante al que os comprime el corazón al recorrer unas ruinas.

Y sin embargo, no hay ruinas.

El circo de arena redondea su curva inmensa. Acá y acullá alguna muchacha de paso atrevido, de galbo antiguo, baja, con el cántaro al hombro, por el sendero que sube hasta la tierra firme. El canto monótono de los pescadores, que tienden sus velas sobre la playa, se percibe por intervalos, y á veces, en una hora de calma, una chalupa, que recoge sus velas, para hacer fuerza de remos, envía á la ribera la cancion rítmica de los remeros sicilianos.

De noche, si sopla un viento suave y ligero, una tartana, delgada como una anguila, corta rápidamente las olas tranquilas, y se lanza á la costa con una loca temeridad. La noche estiende sus sombras. Allá, por el lado del cabo Vaticano, en donde están los aduaneros, se oyen algunos tiros de carabina.

La tartana vuelve á Lipari. El contrabando ha quedado en tierra.

Hácia el centro de la curva, el Brentola, que tiene su origen mas arriba de Monteleone, desemboca sobre las arenas, é interrumpe su curso, convirtiéndose en multitud de hilos ligeros de agua.

Sobre el Brentola era en donde trabajaban en otro tiempo, antes de la restauracion de 1815 los Caballeros Herreros (*cavalieri ferrai*) de Martorello.

No hay ruinas visibles á lo largo de esta playa; pero hay recuerdos.

El Martorello es un valle bastante estenso, que desemboca al sesgo sobre la playa, por medio de un pequeño desfiladero, en donde el Brentola corta la ligera cadena de rocas.

Desde los arenales de la playa no se percibe el Martorello, á no ser

que se coloque uno precisamente frente á la cortadura hecha por el rio. Una choza de aduanero, construida con trozos de roca, se eleva sobre la áspera costa, por la parte interior. El otro ángulo está cubierto de tierra vegetal. Algunas higueras enanas, mirtos y limoneros silvestres, forman ahí un pequeño bosquecillo que dominan dos grandes troncos de encina.

Este bosquecillo es bastante conocido en la costa, y sirve de punto de descanso á los marineros.

Un camino carretero, descompuesto en multitud de lugares, pasa por entre la ribera izquierda del Brentola y la roca en donde está situada la cabaña del aduanero. Tuerce bruscamente, lo mismo que el rio, y se pierde en medio del valle, en medio de los terrenos vírgenes en que brotan, en las honduras, el arroz, y en las alturas la mostaza olorosa.

A quinientos pasos del desfiladero se encuentran muchas señales de una presa, las dos pilastras de un puente de madera que ha desaparecido, y algunos escombros hundidos en una especie de pantano.

El rio hace aquí de las suyas, acabando y disimulando al propio tiempo los estragos que fueran obra del hombre. Crecido el rio, en virtud de la obra material que formaba la presa, ha tomado posesion del lugar en que estuvo, en otros dias, la mas bella fragua de las Calabrias y tal vez de toda la Italia.

Este pantano ocupa precisamente el sitio mismo de los edificios que fueron destruidos y arrasados en la época de los desastres de 1815.

Cerca de cien familias fueron dispersadas y trasportadas, las unas á Sicilia, al Val-de-Demona, las otras á los principados.

Las casas de estas familias, construidas de madera en su mayor parte, habian sido quemadas.

No hay ruinas tampoco para atestiguar esa destruccion, porque los cimientos de piedra de esas humildes habitaciones, hace tiempo que han desaparecido bajo la maleza.

La nueva poblacion, compuesta de montañeses procedentes de la pendiente Nordeste de los Apenninos, sabia apenas la historia de los antiguos habitantes del pais.

Habia desertado de los alrededores de la fragua, invadidos por las aguas. Lo que llamaban la aldea—un grupo de quince á veinte cabañas—estaba situado mucho mas al Sur, mas allá del camino que conduce de Monteleone á Messina.

No habia allí mas que un solo edificio, construido de madera y de pedazos de mármol, ocupado por una vieja de cerca de cien años de edad.

Se decia en el pais que los espíritus moraban en esas ruinas ocultas por la yerba.



Habíanse oído, aun cuando la vieja Berta había perdido á todos sus hijos hacia ya muchos años, y aun cuando ella vivía solitaria en su pobre cabaña colgada al otro lado de la escarpada costa, habíanse oído salir por su puerta entreabierta cantos armoniosos....

Y frecuentemente una luz corría á lo largo del río, en medio de la noche, mientras que una voz cascada gritaba un nombre que nadie había podido distinguir.....

Lo que hay de cierto es que las aguas, ganando siempre terreno, línea á línea, habían empapado desde muy lejos aquella tierra, removida y como tamizada por las conmociones volcánicas.

Este pantano nuevo, cuyas fermentaciones se operaban á grandes profundidades, engendraba la *malaria*\* á pesar de la vecindad de las costas.

La *malaria*, cuyo centro estaba probablemente en las ruinas mismas de la fragua, se extendía á lo lejos, y assolaba todo el país.

Los domingos, cuando las campanas del convento del Corpo-Santo anunciaban la misa matinal, los vecinos, mas que vivientes, parecían una procesion de fantasmas que trepaban por la colina.

A una milla napolitana de los pantanos de Martorello, en'eramente al fondo del valle que se estiende casi paralelo á la márgen del río, detrás del abrigo de la costa, se encuentra el camino usado por la posta, para ir de Monteleone al puertecito de Tropea, y luego á Nicotera y á Palmi.

Tropea es una estacion de buques de vapor entre Nápoles y Sicilia.

En el lugar en donde el camino pasa por un puentecito de piedra sobre el Brentola, se eleva una casa entresolada, sólidamente construida, y que parece de edad de cincuenta años por lo menos. Una inscripcion, pintada con caracteres legibles, encima de la puerta cochera, anuncia á los viajeros, que se hallan frente á la posada del Cuerpo-Santo; *Osteria dello Corpo-Santo*.

A pocos pasos de la posada, el camino, el valle y el río dan una vuelta brusca, para tomar una direccion perpendicular á la ribera.

El río, el valle y el camino se apartan así para costear una colina rocallosa y escarpada, en cuya cima se eleva erguido el majestuoso convento del Corpo-Santo, que ha dado su nombre á la humilde posada.

[E]

\* Aire cargado de vapores y gases deletéreos que se produce en las lagunas y los pantanos, y causa calenturas y fiebres mortíferas.

El 15 de Octubre de 1823, Battista Giubbetti, postillon de Monteleone, volvía del puertecito de Palmi, conduciendo cuatro viajeros en su *carroza* nuevecita: tres en el interior, y uno en el cabriolé que servía de pescante.

Su carruaje iba tirado por dos buenos caballos del Abruzzo Citerior, herrados recientemente y muy bien enjaezados con borlas y adornos de lana. Hermoso tiro de caballos, que había sido adornado al partir de Monteleone por la jóven esposa de Battista.

En estos matrimonios jóvenes, todo es coqueto, todo participa de las alegrías de la luna de miel.

Battista era un alegre muchacho, un poco pálido y muy delgado (esto es propio del país) pero bien formado, y que sabía portar con garbo su peinado de mujer.

Marchaba á buen paso, y parecía mas ganoso de llegar que los mismos viajeros.

En el interior del coche había un hombre de unos cuarenta años, de aspecto enfermizo, y que usaba sobre su cabeza calva una montera de seda negra. Ocupaba el fondo él solo, conforme á los términos espresos de su contrato con Giubbetti.

Sobre los asientos delanteros estaban sentados, como les era posible, un adolescente y una jóven.

El adolescente portaba ese traje semiclerical, que en todos los países sirve de distintivo á los alumnos de los seminarios. La muchacha tenía un túnico de tela gris y un sombrero de paja de Francia. No era este, por cierto un traje opulento, pero la jóven no parecía reflexionar en ello. A pesar de la alegre malicia de su mirada y de la viveza de su seductora sonrisa, la niña parecía tener un aire aun mas reservado que su compañero.

Era una pequeña monja futura, como el otro era un candidato al sacerdocio.

Tanto aquella como éste abundan en el reino de Nápoles.

La jóven era bella y bonita tambien, que no siempre ambas cualidades andan unidas. Diríamos casi que era mas bella que bonita, sin las gracias infantiles é imprevistas de esa amable sonrisa, que aparecía á cada momento bajo aquella máscara austera y formal.

Esa máscara pertenecía á la educacion; y la sonrisa era obra de la naturaleza.

Y por cierto que era una cosa verdaderamente original aquella lucha trabada sobre el terreno de tan delicioso rostro, entre la viveza natural y la reserva enseñada.

El dibujo de su rostro, era á la vez delicado y atrevido. La frente llena de inteligencia hasta un grado sumo, coronada de cabellos negros



cuya abundancia y riqueza, disimulada mas bien que puesta en evidencia, iba á perderse bajo una falla de linon, sin olanes.

Sin esa falla, el pobre sombrero de paja hubiera sido casi elegante.

El ojo estaba pensativo, pero se hacia grave por gusto.

Un pañuelo, envolviendo el cuello, daba al traje ese aire que la falla celosa imprimia al sombrero.

Y, sin embargo, bajo aquel traje severo era fácil adivinar las delicadas líneas de un talle ya formado, y que hubiera hecho rechinar los pliegues atornasolados del raso.

Ese rostro, que indicaba al propio tiempo la bondad, la gracia infantil y no sé qué chispa de espíritu aventurero y atrevido, se iluminaba con una sonrisa tan afectuosa, cuando miraba á su hermano, que los mas indiferentes hubieran sentido nacer en ellos el interes, casi el afecto.

Debia ser hermano de la niña aquel seminarista de luengos cabellos que aguardaban la tonsura. Habia entre aquellos dos muchachos una semejanza que no podia engañar.

Solo que la gravedad del jóven era mas sincera y mas candorosa.

A juzgar por la vista, el hermano tenia diez y ocho años y la hermana diez y seis.

Iban hablando entre sí en voz baja, y empleaban ora el italiano, ora el francés, pero en uno y otro caso su lenguaje era muy puro y correcto.

Pero recíprocamente no pronunciaban sus nombres mas que en francés.

El hermano se llamaba, Julian.

La hermana, Celeste.

El hombre que ocupaba los dos lugares del fondo, tenia tambien un nombre francés. Cuando el postillon colocó á toda su gente, en el momento de la partida, lo llamó á él, el primero, M. David.

El señor David guardaba silencio desde el principio del viaje. Apenas habia concedido una mirada morosa y distraida á la juvenil pareja que le hacia frente.

Solo cuando Celeste hubo pronunciado la palabra bandido, el señor David se encogió de hombros con una grande afectacion de desden.

Los que viajan por las Calabrias pronuncian muy frecuentemente esa palabra *bandido*. Los cobardes se estremecen; los escépticos hacen como nuestro enfermo de la montera negra, se encogen de hombros. El señor David tenia sus razones particulares para hacer ese movimiento cuando hablaban así de los bandidos.

Era el suyo, un rostro bilioso y pensativo: una cabeza de genovés; una cabeza estrecha, pero que denotaba carácter y terquedad. No pue-

de decirse que tenia una fisonomía maligna. En nuestros siglos utilitarios esta voz, *maligno*, ha llegado casi á no tener sentido; es preciso reemplazarla con espresiones mas marcadas.

Habia en la mirada fria y triste del señor David una profunda fatiga, que era fácil traducir ó caracterizar con la palabra *misantrópia*. En las líneas de su boca se notaban la amargura y la severidad.

Su frente era inclinada hácia atrás, pero no carecia de altivez. La curva pronunciada de su nariz era provocativa.

En una palabra, el aspecto general de este rostro, indicaba la reflexion, la reserva, la austeridad, el egoismo.

No nos falta mas que un personaje que pintar: es el compañero del postillon, el que estaba sentado en el cabriolé, junto á Battista Giubetti.

Este, sobre el libro de apuntes del postillon, tenia el nombre del caballero de Athol.

Llegaba de Sicilia por el vapor, y no habia tomado asiento sino hasta para el convento de Corpo-Santo.

Era un hermoso jóven, de aspecto despierto y soberanamente valiente. La meditacion no le ocupaba para nada, al parecer. Su mirada clara y descuidada, se paseaba sobre el paisage, mientras que sus dedos delgados, blancos y bonitos, como los de una condesa, torcian un cigarrillo.

Era muy jóven: Le hubiera uno calculado apenas veintidos ó veintitres años, sin el sedoso bigote negro que sombreaba su lábio superior. Recostado como estaba en el cabriolé no podia juzgarse de su estatura; pero hubiérais adivinado que era alta. El mismo descuido de su postura revelaba no sé qué maravillosa ligereza.

Parecia que todo era fácil y natural en aquel hermoso leon perezoso, á escepcion de la rigidez y torpeza de nuestros *gentlemen* á la moda.

Pero es preciso no hablar de mas. La torpeza está al alcance de las gentes espertas, y los hombres de talento, tienen la preciosa facultad de ser idiotas en la hora conveniente.

Ese caballero de Athol, hubiera tal vez en caso necesario, paralizado de pronto la gracia mórbida de su busto, y convirtiéndose en manequí sin resortes, sobre una calle inglesa, ni mas ni menos que cualquier *sportsman* empalado.

Su traje indicaba un viajero habitual.

Aun cuando los *touristas*\* no abundan mucho que digamos por estos parajes, hay algunos sin embargo. Cada año, un medio centenar

\* Viajeros por capricho y diversion, sin objeto fijo.



de ingleses se tomá el trabajo de llevarse en los bolsillos algunos terrones de la tierra que forma los bordes del agujero de Oppido.

Nuestro jóven viajero, cuya hermosa boca daba paso á una voz musical y sonora, no podia ser un inglés.

Y sin embargo, Battista, el buen chico, le llamaba milord!

Tal es el resultado de esa fiebre de viajar que ha acometido desde hace cincuenta años á los cuchilleros de Birmingham. Cualquiera que se pasea por Grecia ó por Italia pasa para con los naturales del país por un fabricante de navajas, y recibe á quemarropa el título de milord.

Por otra parte, el nombre de Athol es ilustre del otro lado del estrecho; pertenece á los antiguos soberanos de la isla de Man. Está inscrito con título ducal en el *peerage* del Reino-Unido.

Es un gran nombre, llevado por muy grandes señores.

Pero, digámoslo de una vez; nuestro caballero de Athol no tenia ningun derecho á la sucesion de la dignidad de par.

Mas tenia la savia vigorosa de su juventud, y la suerte.

El camino que sube de Tropea á Monteleone, entra al principio por las tierras y luego vuelve sobre sus pasos, rechazado por la base del Monte-Mimo, de tal modo, que costea por un instante el borde de la mar antes de llegar al Cabo Vaticano.

—Mirad eso, milord, dijo Battista en el momento en que el recodo del camino descubria la mar Tyrrheniana. Vaya una vista!.... Hácia atrás se percibe muy bien la Sicilia, la antigua Trinacria.... ó Sicania, su capital Siracusa, en tiempo de los romanos.... al presente Palermo: produce vinos escelentes, frutas, trigo, aceite, seda, lana, algodón, azúcar, maná, miel, cera.... aire puro y sano..... pesca riquísima..... Célebre por su volcan llamado Etna, el cual tiene de elevacion tres mil y tantos metros sobre el nivel del mar..... Hay minas de oro, de plata, de cobre, plomo y fierro..... canteras de pórfido, mármol, jaspe, ágatas, esmeraldas..... Produce alumbre, vitriolo, azufre..... Pero vuestra escelencia viene de allá, se interrumpió demasiado tarde Battista.

Todos los postillones son un poco *cicerones*; aprovechan con cierto placer la ocasion de ostentar su *ciencia*.

—A la izquierda, con vuestro permiso, milord, replicó Battista, están las islas Lipari, de las cuales la principal.....

—Quién está ahora en el Martorello? preguntó bruscamente el jóven viajero.

Battista estuvo á punto de soltar las riendas.

Miró al soslayo al caballero de Athol.

—Su escelencia ha venido ya al país? le dijo.

—Te pregunto, amigo, repitió el caballero de Athol, quién hay ahora en el Martorello?

—Eh? eh? respondió el postillon; en el Martorello, milord?..... pues no hay nadie que yo sepa!

—Qué se han hecho *los seis*?

—*Los seis*?.... repitió Battista con un aire inocente.

Al propio tiempo descargó un formidable chicotazo sobre sus animales.

El caballero de Athol se puso á talarear suavemente la cancion de Fioravante:

*Amici, alliegro andiamo alla pena!.....*

—Bonita cancion napolitana, milord!..... murmuró el postillon, cuya agitacion era visible.

—Qué se han hecho *los seis*? repitió el viajero.

—*Ohimé!* murmuró Battista, no faltan en el país gentes que saben la música.

—Dame tu mano! ordenó el caballero de Athol; si conoces el fierro y el carbon.

Battista, tembloroso, presentó su mano.

—Bien! bien! dijo sintiendo la doble cruz que el extranjero trazaba sobre la palma de su mano; he oido hablar de esto á un agente del rey Fernando, que buscaba su vida en Monteleone....

El caballero de Athol se sonrió, y dijo:

—Amigo, eres un muchacho prudente.

Luego, soltando la mano de Battista, y mirándolo frente á frente:

—*Hay algo mas fuerte que el fierro?* pronunció claramente.

—*La fé!* replicó el postillon, sin titubear.

—*Hay algo mas negro que el carbon?* añadió el jóven viajero.

—*La conciencia del traidor.*

—Eres Compañero?

—Y vos sois maestro?..... Dios sea loado!..... Tengo una mujer y un niño que van á venir.... Pero, por San Juan, mi patron, precursor del Cristo! si es preciso marchar, iré!

—Qué se han hecho *los seis*? preguntó por la tercera vez Athol.

—Esclencia, respondió Battista; si sois maestro, ¿cómo ignorais eso?

—Habla! mandó el jóven viajero; habla en nombre del fierro y del carbon!

—Eran *siete*..... murmuró el postillon.

—Ya sé dónde está la tumba del sétimo! pronunció el caballero de Athol, con melancolía.